

## **El secreto**

¿Cómo es posible que me hayan quitado a Toby? ¡Lo quiero tanto! Era mi compañero... Si me ponía a estudiar, se echaba a mi lado y me miraba, y yo me sentía siempre acompañado. Cuando llegaba del colegio, salía al portón a recibirme moviendo la cola insistentemente y yo le correspondía con una caricia. Yo siempre sacaba buenas notas, y aún así me lo robaron diciendo un montón de mentiras; porque a mis papás les molestaba: decían como excusa que ensuciaba el jardín y la casa. No sé que habrán hecho con él ni a quién se lo han dado.

Se preguntan por qué he dejado de hablar. Están preocupados y no saben a qué colegio llevarme. El médico les ha aconsejado que me acompañen a un lugar en el que hay otros niños como yo. Es un colegio donde todos jugamos con los animales. Mis papás no saben que los animales hablan; en otro idioma, pero ellos hablan; y, además, los mayores piensan que son menos inteligentes, pero yo no me lo creo.

Los martes me toca estar con Pepe, un caballo andaluz; me lo paso mejor que haciendo matemáticas en ese colegio de niños especiales al que mis padres decidieron llevarme antes que a éste. Debo tener cuidado con los profesores, que no se den cuenta de que no hablo porque estoy enfadado. Pepe me cuenta historias de los cortijos de Andalucía y yo a él le confieso que estar con mis papás me aburre y que ahora, para ellos, soy un problema. Porque

mis papás le cuentan a sus amigos que tienen un problema con su hijo Álex, y que no saben qué hacer con él.

Los jueves, en cambio, me toca nadar con Paolo, un delfín que está en el acuario. Me gustaría estar todo el día con él. Me ha enseñado a nadar, y mis padres y los demás no entienden cómo he aprendido a nadar y no sé hablar. ¡Qué sabrán ellos! Se piensan que lo saben todo, pero no conocen el idioma de los animales y yo sí.

Jorge, es el entrenador de los delfines. Con él hablo un poquito, pero le he pedido que no revele mi secreto a nadie porque no volvería a verme más en el acuario. Me gustaría ser como él y poder estar está todo el día con los delfines. Paolo es de Brasil y me dice que le encantaría que aprendiera acrobacias con él y también a hacer los espectáculos juntos. Yo le digo que sí, pero tengo que esperar dos años más para poder decidir por mí mismo lo que quiero hacer sin que mis padres me puedan interrumpir. El entrenador, me ha dicho que cuando yo quiera él me cogerá como ayudante.

Ahora que vivo con mi abuela estoy más tranquilo. Mis padres decidieron dejarme con la abuela porque siempre se estaban peleando por mi culpa: parecía que era un estorbo para ellos porque no converso. Cada día vienen menos a verme pero dentro de poco trabajaré y comenzaré a hablar, y ya me dará igual que se enteren. Con la abuela me entiendo mejor y hablo algunas palabras. Un día le hice chantaje y me dio una pista para saber qué hicieron mis padres con Toby; pero no sé si podré encontrarlo,

aunque quizás él no se acuerde de mí. Sin embargo, tengo que salir de dudas.

Un día me decidí a averiguar si podría encontrar a Toby, y me acerqué a una perrera. Entré y pregunté, pero no me hicieron mucho caso. Una niña que estaba con su gato me explicó que lo había comprado allí mismo y había escogido la raza que había querido porque tenían un fichero y hasta fotos de todos los animales; así se podía elegir mejor lo que se quería. Entonces le dije al dueño de la perrera que me dejara ver el archivo, porque quería comprar un perro. Busqué en el registro y con la gran sorpresa para mí que allí estaban Toby y la dirección de la persona a la que se lo habían vendido. Pero estaba tan lejos que no podía ir a verlo. ¡Pobrecito, qué mal lo debió pasar! Igual que yo...

Uno de los días en que hacía acrobacias con Paolo el espectáculo fue increíble; tanto, que salió en el periódico, y también mi nombre. Los amigos de mis padres llamaron para felicitarlos, pero ellos estaban avergonzados: no sabían qué decir porque ni siquiera me habían visto hacer un espectáculo con Paolo. Enseguida vinieron a casa para llevarme de vuelta con ellos. Me puse a llorar. Ese día me escapé mientras mis padres discutían con la abuela. Me escondí y no me encontraron. Cuando salí del escondrijo, la abuela y yo nos miramos y comenzamos a reírnos a carcajadas. A partir de ese día empecé a hablar con ella. Con mis padres hice las paces al cabo de un tiempo, pero ya nunca volví a vivir junto a ellos.

Y por fin llegó el día que tanto deseaba: trabajar con los cetáceos. Cuando hube ahorrado suficiente dinero le dije a Jorge que deseaba encontrar a mi perro. Él me acompañó. Lo localizamos en casa de una familia y, después de hablar con ellos, nos llevaron adonde estaba Toby. Ya antes de llegar olfateó mi olor y corrió hacia mí. Alzó sus patas delanteras y yo lo abracé llorando. Él también aullaba. Los dueños, conmovidos por la escena, entendieron que tenía que volver conmigo. Ahora Toby es mi compañero de aventuras. Está bastante mayor pero aún tiene fuerza para llevar en su hocico la cesta de pescado que vamos a tirar a los delfines a lo largo de la función.

Ángela Romero Luceño

2008